

PARROQUIA CRISTO REY
SANTO DOMINGO, REPUBLICA DOMINICANA



PADRE IGNACIO OZMEC, SDB.

Eslovenia, 29 de enero de 1911

Santo Domingo, 3 de septiembre de 1992

"Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor".

Queridos Hermanos:

La verdad expresada en la cita del Cantar de los Cantares (8,7) indicada arriba, la hemos visto y vivido los miembros de esta comunidad parroquial, cuando despedimos a nuestro querido P. Ignacio Ozmec, bajo fuertes aguaceros.

La lluvia había comenzado ese día alrededor del mediodía. Cesó, por una benevolencia del Padre celestial, hacia las 3 de la tarde, para darnos la oportunidad de trasladar el cuerpo sin vida de nuestro Hermano. Precedido por un grupo de 30 monaguillos, y a hombros de los hombres de la parroquia, fue escoltado por 40 sacerdotes, 2 Obispos y 1 Cardenal, desde el templo parroquial hasta el salón del Centro Juvenil, en el que se oficiaría el funeral.

El salón, sin sillas ni bancos, resultó pequeño para acoger, de pie y apretados, a los fieles que quisieron despedir al que fue el Fundador y Padre de esta parroquia. Los que no cupieron en el salón se aglomeraron alrededor de las puertas y ventanas, y aguantaron, unos con paraguas, otros sin ellos, todos serenos y sin prisa, los terrenciales aguaceros que cayeron durante toda la celebración.

En el momento de la homilía tanto el Señor Cardenal Mons. Nicolás de Jesús López Rodríguez, como el Padre Inspector P. Juan Linares ensalzaron la figura salesiana y sacerdotal del P. Ignacio, presentándolo como hombre de Dios al servicio de la Iglesia y de los hombres.

Terminada la Eucaristía, y puesto el féretro en el carro fúnebre, los fieles que habían llenado el templo forzaron la marcha del carro y a paso lento, desafiando las aguas torrenciales, cantando y rezando, hicieron, detrás del carro fúnebre, los 3 km. que separan nuestra parroquia del cementerio. Más que cortejo fúnebre, la caravana lenta de los fieles, con sus cantos y oraciones, parecía el apoteosis de la victoria de un vencedor.

Ya en el cementerio, la gente se aglomeró alrededor de la tumba. Mientras el cuerpo era colocado en el nicho, y éste era cerrado, el agua no podía dispersar aquella multitud que empadada cantaba su cariño al "ROBLE" que por 40 años había sido para ellos el Padre de su Fe, el Amigo de sus almas, el Servidor de sus necesidades.

El Padre Ignacio Ozmec había nacido el 29 de enero de 1911 en Melinci, Eslovenia. Sus padres Juan Ozmec y Bárbara Duh lo llevaron ese mismo día a la pila bautismal, y su nombre quedó inscrito con el número 20, en la página 61 del libro 6, como prenda de que su nombre no sería borrado del Libro de la Vida (Ap.3,5).

La semilla dialogal de la fe, sembrada en él el día del bautismo, pronto encontró respuesta. Una respuesta valiente y decidida, que le llevó, con sólo 14 años, a abandonar su familia y su patria para entrar en la casa del Aspirantado Salesiano en Foglizo, Italia. Había conocido a Don Bosco en el Colegio Salesiano de Murska Sobota, en su país natal, y sólo un año fue suficiente para tomar la opción de su vida. Terminados los años de estudio en el Aspirantado de Foglizo, regresa a su patria para comenzar el Noviciado el 9 de octubre de 1929, que culminaría con la emisión de los primeros votos temporales del día 9 de octubre de 1930, en Radna.

Siguen los años del posnoviciado que comenzados en la misma ciudad de Radna, los terminará en Guanabacoa, Cuba, a donde llega en 1932 como misionero. En esa misma casa hará parte de su tirocinio, que lo terminará en Santiago de Cuba, en 1936. En ese mismo año, comienza sus estudios de teología en la ciudad de Santa Tecla, El Salvador, que finaliza con la ordenación sacerdotal recibida el día 21 de septiembre de 1940.

Estrena su apostolado sacerdotal en la Casa de Guanabacoa, en la que desempeña los cargos de Catequista, Consejero, Ecónomo y Director, responsabilidades que armoniza con el trabajo en el Oratorio Festivo de la Casa. En el año 1949, es transferido a la Casa de Camagüey, Cuba, en calidad de ecónomo de las Escuelas Profesionales. Allí trabajará hasta el año 1951, año en que el Señor, por medio de la obediencia religiosa, lo envía a República Dominicana.

Aquí, en esta tierra que él amó hasta hacerla su patria, adoptando la ciudadanía dominicana, pasará sus restantes 40 años de vida, desarrollando su apostolado sacerdotal y salesiano en obras de frontera, en barrios populares, entre gente pobre y humilde que busca a Dios, y para quienes él fue, como digo más arriba, el Padre de su fe, el Amigo de sus almas, el Servidor de sus necesidades.

Su trabajo en República Dominicana comienza por la Casa "María Auxiliadora", que, entonces, comprendía la Parroquia y el incipiente Colegio de Artes y Oficios. Los primeros años fueron duros no tanto por el trabajo, sino por la soledad. Dejará constancia de ello en la crónica de la Casa: "La Virgen, por fin, nos escucha; así terminará la vida solitaria en

la Parroquia de María Auxiliadora... Con la llegada de los queridos Hermanos se acaba la vida solitaria del pobre sacerdote que vivía en la parroquia solo, sin saber con quien desahogar sus penas. Ojalá nunca más los Superiores abrieran una casa con un solo Hermano. ¡Qué hermosa es la vida de comunidad!; pero ¡qué triste para un salesiano que tiene que vivir solo! Deo Gratias".

Como Director y Párroco termina la construcción de los talleres, mientras desarrolla su celo sacerdotal en la catequesis de niños y de adultos, especialmente en la pastoral familiar y en la pastoral social. El Oratorio Festivo ocupa su tiempo y sus preocupaciones por los niños, a quienes organiza en grupos deportivos y catequísticos. Bajo su celo sacerdotal y salesiano se inician y se robustecen las devociones salesianas a María Auxiliadora, a Don Bosco, a Domingo Savio.

En septiembre del año 1962, es trasladado a la Parroquia Corazón de Jesús, en el populoso barrio de Villa Juana. Siendo Vicario parroquial, recibe la encomienda de dirigir la nueva obra de Cristo Rey, cuya iglesia -era toda la obra- había sido bendicida en la fiesta de la Asunción de María, un mes antes.

En el barrio "Corea", que a impulsos del Padre Ignacio cambiaría su nombre por el de "Cristo Rey", faltaba todo menos la fe de un pueblo que clamaba por la presencia de un sacerdote. Y sólo un sacerdote de fe podría haber resistido las carencias materiales y morales de los primeros años. Carencias materiales porque faltaba de todo; carencias morales, causadas por la soledad en que tuvo que vivir, repitiendo la triste experiencia de los primeros años en la Parroquia María Auxiliadora. El venció unas y otras desde su fe, porque "eso no lo he perdido nunca", mientras daba gracias a Dios porque "hoy es el día de las sorpresas -escribe en la crónica el día 18 de marzo de 1963-: Por la mañana Bienes Nacionales nos ha entregado una guagiuita... Está en malas condiciones pero se va a arreglar. Por la tarde, se apareció la camioneta de Artes y Oficios de M.A. trayendo una cama como regalo del Restaurant Vesubio". Más tarde llegaría una nevera, pero la cama tuvo que esperar hasta el mes de noviembre, "cuando el P. Ignacio se mudó a su nueva residencia recién construída". La "residencia" era una simple habitación construída sobre la sacristía de la iglesia.

Ni la pobreza material, ni las críticas que le hicieron a través de Radio Cristal le detuvieron en su trabajo sacerdotal, ya que "hay que aprovechar (el tiempo) trabajando con amor para Su gloria y la salvación de las almas que El nos ha encomendado". Y su trabajo se desplegó con dinamismo y generosidad en la catequesis, en la organización de los Caballeros y Damas de Cristo Rey, en el movimiento familiar cristiano,

en las asociaciones parroquiales, en las misiones populares, en la devoción a María Auxiliadora, a Don Bosco y a Domingo Savio, en la construcción de la escuela parroquial. Y su trabajo se vio coronado con una doble alegría: 1) El cambio oficial del nombre del barrio, ocurrido el 27 de Noviembre de 1963 (Resolución No. 72/63 del Ayuntamiento de Santo Domingo); y 2) la erección canónica de la iglesia en Parroquia de Cristo Rey, en agosto de 1965, siendo nombrado párroco el 21 de septiembre, fecha en que cumplía 25 años de sacerdocio.

Su oficio y beneficio de párroco le duró poco: un año. "Hoy, a medio día, salió el P. Ignacio para su nuevo destino que le dieron los superiores: párroco del Sagrado Corazón de Jesús, después de cuatro años de estancia en Cristo Rey". Con estas sencillas palabras, deja consignada en la crónica de esta Casa la obediencia que le cambia de casa y de cargo, en septiembre de 1966. Había trabajado con celo e iniciativa incansables en la construcción de la nueva comunidad parroquial, que ahora ofrece al Señor en sacrificio de desprendimiento, porque había trabajado "para Su gloria y para la salvación de las almas que El nos ha encomendado", sin aferrarse ni al lugar, que él había hecho habitable, ni al cariño de las personas, que ya le consideraban "su" Padre.

Llega a la nueva comunidad como director y párroco dispuesto a servir, y en ella despliega su rica experiencia humana y sacerdotal en la animación de la fe y en la práctica del apostolado. Desde los niños de la catequesis, hasta los adultos de las asociaciones parroquiales, todos sienten la presencia del pastor bueno, que con su recio carácter les va moldeando en la vida cristiana, a través de los sacramentos.

Doce años permanece en la comunidad del Sagrado Corazón: seis como director y párroco; seis como vicario parroquial. Al término de los mismos, la obediencia le devuelve a esta "su" parroquia de Cristo Rey, a donde llega en septiembre de 1978, con gran alegría suya, con desbordante regocijo de los fieles, y con la pesada cruz de la enfermedad, que, aunque había comenzado 30 años atrás, aparecerá ahora en continuidad e intensidad, poniendo en evidencia la fe y el espíritu que alentaban su vida.

De contextura fuerte y robusta, sufría de deficiente irrigación sanguínea en las piernas, que le provocaba una frecuente erisipela y le afectaba también los huesos de la cadera y del fémur. Siendo director de la Parroquia María Auxiliadora, tuvo que someterse a la primera operación de cadera en diciembre del año 1957, en la ciudad de Nueva York. La erisipela le provocaba frecuentes dolores de piernas, que se agravaban por la lenta cicatrización de las heridas. Su voluntad férrea y su celo en el trabajo apostólico fueron siempre su mejor medicina para

soportar esa cruz, que él llevaba siempre con ánimo alegre y optimista, manifestado en una de sus frases características. Preguntado cómo se encontraba, su respuesta era siempre la misma: "¡Bien, como un roble!". y "EL ROBLE" fue el apodo cariñoso con que la gente le llamaba.

En 1985 tuve la suerte de acompañarle a Nueva York para una segunda operación de huesos: reemplazo del fémur de la pierna derecha. Fueron seis semanas en que pude apreciar su fibra humana, cristiana y sacerdotal; su aceptación confiada de la voluntad de Dios; su paciencia en los dolores; su agradecimiento a todas las personas que le servían; su voluntad de caminar después de la operación; su constancia en la repetición de los ejercicios terapéuticos con las muletas, con el andador, en las escaleras; su insistencia en celebrar todos los días la santa Misa; su afán de regresar pronto a Santo Domingo para reincorporarse al trabajo; su optimismo para responder siempre: "¡Estoy como un roble!".

Nunca una señal de pesimismo, de abatimiento. Y pude comprobar también cómo le querían quienes, habiendo recibido sus servicios sacerdotales en Santo Domingo, vivían en Nueva York. ¡Todos los días, mañana y tarde, durante las seis semanas, le visitaron sus antiguos feligreses, que eran de nuevo catequizados por la fe y el optimismo del Padre Ignacio, de "EL ROBLE".

Regresó a su parroquia para reincorporarse al trabajo como si nada hubiera pasado. Aunque relevado de la responsabilidad de párroco, era él quien, por su experiencia, llevaba la animación parroquial. Por su voluntad de hierro pronto dejó las muletas, y aunque la erisipela continuaba su acción en la piel, su voluntad de servicio era más fuerte que la acción del mal. Aun tuvo que someterse a una tercera operación de cadera y fémur, en el año 1988. La superó contra el pesimismo de muchos, del cual él nunca se contagió, y aunque le pusieron una silla de ruedas, de ella se levantaba con frecuencia, cogía el andador, y caminaba más por el deseo y el espíritu que por sus fuerzas.

Sus últimos años fueron una cruz constante tanto por la incapacidad de caminar, como por el malestar de la piel. El la sobrellevó con entereza; sin quejarse; ¡siempre estaba bien, como un roble!; con optimismo; con prontitud de ánimo para ir al altar y oír confesiones, para compartir la vida comunitaria en los retiros y otros encuentros inspeccionales, en los paseos de la comunidad; sin quejarse, porque "te diré -escribe al P. Martín Marosa, su compañero de pueblo y de aspirantado- que siempre he aceptado la voluntad del Señor, poniéndome en sus manos y en las de su Madre, la Virgen Santísima. En medio de la cruz, el Señor le concedió el gozo inmenso de celebrar sus bodas de oro sacer-

dotales, el 21 de septiembre de 1990, rodeado de todos los feligreses de su parroquia, y de varios salesianos y familiares que vinieron desde su querida Eslovenia.

Vivió su fiesta con alegría desbordante y lágrimas de gozo y de agradecimiento. Había pedido al Señor llegar a esa fecha de su jubileo sacerdotal, y ahora experimentaba profundamente la bondad del Señor.

Pero la bondad del Señor le preparaba de esa forma para una nueva cruz, que él sentía venir lentamente: la ceguera. Quiso corregirla con una nueva operación quirúrgica que no tuvo éxito. Perdió la visión total del ojo izquierdo, mientras la visión del ojo derecho disminuía progresivamente. Temía la ceguera, porque no podría rezar el breviario ni celebrar la eucaristía. El rezo del breviario lo suplía con el rezo casi constante del rosario, del que era devotísimo, y al que invitaba a todos los que le asistían y visitaban. Quería estar al día de noticias, especialmente de la iglesia, y se hacía leer los periódicos y revistas por las personas que le asistían. Al final se resignó a no presidir la Eucaristía, pero celebraba en su cuarto utilizando misales con letras grandes y una lupa. Jesús y María fueron sus dos grandes amores, que los celebraba con la Eucaristía y el Rosario, y de ellos sacó la fuerza que le movió en su apostolado y le sostuvo en su cruz.

"Porque eras acepto a Dios, era menester que la enfermedad te probara". Si hay proporción entre la "aceptación de Dios" y la "prueba de la enfermedad", podemos afirmar que el P. Ignacio fue muy acepto a Dios. A lo ya dicho, le falta la corona de una nueva operación. Me había ocultado una pequeña dificultad respiratoria, porque quería asistir a los Ejercicios Espirituales. Al regresar de ellos, la respiración se fue haciendo más difícil cada día y fue perdiendo fuerza. Le llevamos al hospital del Seguro Social y lo dejaron interno en la unidad de cuidados intensivos.

Las atenciones de los médicos corrigieron pronto la afección pulmonar, pero detectaron falta de circulación en la pierna derecha, con peligro de gangrena. El departamento de cardiología ordenó la amputación de la pierna por encima de la rodilla, como única medida de alargar la vida del Padre.

Era una prueba más que Dios le pedía, y la sobrellevó con entereza cristiana. Poco antes de la operación hizo una fuerte crisis emocional. Se sobrepuso a ella. Le acompañé hasta la puerta del quirófano, donde, con plena lucidez, estuvo hablando con los cirujanos por unos quince minutos; habló en italiano con uno de ellos; otro le dijo que se llamaba Ignacio porque su papá, gran amigo del Padre, le había puesto su

nombre; el Padre le preguntó por su papá y lo recordó con facilidad. Se confesó, recibió la bendición de María Auxiliadora, y con plena lucidez mental aceptó la amputación de la pierna y la ofreció al Señor.

Después de dos días en la unidad de cuidados intensivos, fue trasladado a la sala de cardiología. Aparentemente reaccionaba bien a los tratamientos médicos. A veces se le veía deprimido, pero pronto reaccionaba y participaba animadamente en la conversación con las personas que le visitaban. Sólo una vez le vi triste, "porque ya no podré servir para nada". Cansado de tantos días en cama, sobrellevaba con paciencia heroica los sufrimientos y aceptaba con sentimientos de gratitud todos los servicios que le ofrecían las personas que se turnaban junto a su cama. Presentía la muerte, y pedía con insistencia que le llevaran a casa para morir.

Sin embargo, cuando los médicos le dieron de alta nadie vislumbraba un final tan rápido, ya que la operación no había tenido complicaciones, y él respondía bien al tratamiento. Trasladado a casa, recobró el ánimo, conversó animadamente con quienes lo visitaban. Sorpresivamente perdió el apetito, no quería comer, devolvía el poco alimento que se le suministraba, reaccionaba sólo pasivamente, y no reconocía a las personas. Respondía, sin embargo a la conversación, y, a ratos, se animaba. La noche del día 1 de septiembre conversó animadamente con dos personas que le visitaron. Al día siguiente amaneció en un estado de semiinconsciencia que le duró todo el día. La llamada del Señor le llegó tranquilamente, sin sobresaltos, en la madrugada del día 3 de septiembre: hizo un intento de escupir, y arrojó su vida en la luz de la eternidad.

Preparado el cadáver, lo colocamos en la iglesia y ofrecimos por su eterno descanso el sacrificio eucarístico, al que asistieron un buen número de fieles avisados por los micrófonos de la parroquia y por los noticieros matutinos de la radio. Desde las ocho de la mañana, los fieles, en un ir y venir constante, llenaron la iglesia, y, guiados por los animadores de los diversos grupos parroquiales, se turnaban en la oración ante el cuerpo del Padre Ignacio. Los que nos acompañaron son testigos de las manifestaciones de dolor y de cariño demostrado hacia el Padre, despedido por sus feligreses con la apoteosis descrita al comienzo de esta carta. "¡Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor!".

No quiero terminar esta carta, sin expresar nuestro agradecimiento a todas la personas que con grandísima caridad asistieron al querido Padre Ignacio durante sus largos días de invalidez y sufrimientos. De manera especial, nuestro agradecimiento va a la señora Alejandrina Rodríguez (Pirín), quien, como una hija, lo atendió durante los últimos

años de su vida. Dios pague a todos el cariño y los servicios prestados al Padre Ignacio.

Queridos Hermanos, hemos perdido al Padre Ignacio, y su vacío será difícil de llenar. Entre los muchos ejemplos que nos ha dejado, resalto su equilibrio entre apostolado y vida de comunidad; entre su solicitud en la búsqueda de medios materiales y su pobreza y desprendimiento; entre su iniciativa apostólica y su obediencia y disponibilidad a la voluntad del superior.

Como reconocimiento a sus trabajos en favor de los barrios populosos de Santo Domingo, el síndico Dr. Rafael Suberví Bonilla le concedió, en el año 1990, el título de Munícipe Honorario de la Ciudad de Santo Domingo. Confiamos en que el Padre que le llamó a servir en su Iglesia como sacerdote, le haya acogido en su seno, otorgándole el título prometido por Jesucristo a los servidores fieles.

Continúen rezando por el eterno descanso de nuestro Hermano, y recen también por esta Comunidad que ha perdido la "fuente de bendición ... que enriquecía nuestro espíritu de familia y hacía más profunda nuestra unión. (C.53).

Les saludamos fraternalmente en Don Bosco,

P. Jesús Pérez, SDB

P. Cristian Then, SDB

Sr. Ramón Santana, SDB

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

P. IGNACIO OZMEC DUH

Nació en Melinci, Eslovenia, el 29 de enero de 1911.

Murió en Santo Domingo, Rep. Dom., el 3 de septiembre de 1992,
a los 81 años de edad, 62 de profesión, y 52 de sacerdocio.

INSTITUTO TECNICO SALESIANO
Albert Thomas 66, Apdo. 190, Sto. Dgo. R. D.
Tel.: 536-9191/92 • Fax: (809) 684-3992